

Las niñas muertas de Cancún

Javier Chávez Ataxca / CRÍMENES DEL CARIBE MEXICANO



Las niñas muertas de Cancún

Javier Chávez Ataxca

La inclinación a la maldad reptiliana te subordina y convierte en ambulante amenaza callejera sin residuos de piedad, goloso en tu obscena memoria de groseros caprichos sexuales, tan disfrutados cuando sometes a las niñas indefensas confiadas en tu guardiana estampa. Entonces tus manos con blancura cadavérica se enturbian y brotan garras y estiletes en la garganta de la noche aliada. Cuántos como tú cazan mujeres niñas para rendirlas con tu envoltura de santurrón y agente del orden, bíblica voz que derrite pecados provocantes de tierras y mares.

Andas de cacería en Cancún, esta noche sudorosa del 10 de junio de 1988, cuando la negra piel del reggae agita un enjambre humano con quinta esencia cadenciosa de Bob Marley y Jimmy Cliff en nuestro primer Festival Internacional de Cultura del Caribe. El presidente Miguel de la Madrid inaugura esa noche la fiesta del asombro en los dominios del Palacio Municipal y lo acompaña el gobernador Miguel Borge Martín, creador del señor concepto anfitrión de esta región pirata hinchada de ritmos con pisadas africanas de origen, leyendas al oído de cañaverales macheteados y sufrimiento esclavo entre racimos de plátanos hormigueantes.

Con los años desembarcarán Celia Cruz, Willie Colón, Tito Puente, La Tongolele, Óscar de León y Albita con sus brebajes musicales en un torrente aromático de arte con tabaco encadenado al ron desestabilizante. En 2019 este Festival chapoteará en su insultante mediocridad, pero hoy complace como un nieto risueño al gobernador cozumeleño más honesto de nuestra historia reciente, manuscrita a partir de 1975 con el cómodo ascenso del priista chetumaleño Jesús Martínez Ross con su piel de chocolate y modos bonachones.

Paciente reptil con amoroso camuflaje humano rendido ante niñas gemelas, recorres la muchedumbre hechizada por el ritmo jamaicano hasta detenerte en otras pequeñas de ocho a 12 años, vigiladas por madres y abuelos. Las persigues y saboreas desde tu torre vigilante, gobernado por tu incorregible adicción enfermiza y vigorosa. Las imaginas en una intimidad de múltiples escenas tóxicas, inconfesables todas. Al cumplir 13 años descubriste culpables orgasmos que fluyeron en la recámara dominada por la penumbra, con tu madrugadora madre alimentando marranos y gallinas.

En tu depredador recorrido descubres una niña llorando su desamparo con vestido de encajes y pálidas tobilleras, confusa en su escandaloso desierto de miles de almas. “Niña, ven: dime dónde está tu mamita; vamos a buscarla”.

La coges de la mano para arrastrarla a la penumbra y desarrollar tu ritual ensayado en numerosas lunas: acariciar el cuello y piernas para aspirar ese olor de cuna que te doblega hasta sacar a flote tu bestialidad sudorosa y perfumada, con este aliento de Gomorra que agrede a los microorganismos que flotan en la noche caribeña.

Un policía preventivo te sorprende y reprende, sin saber que acaba de evitar un abuso sexual. Tu uniforme de agente del orden te vuelve confiable y mimetiza en esta multitud eufórica y danzante, con bebidas en mano y parejas seducidas por el canto del Caribe.

El presidente De la Madrid se incorpora para ser trasladado a la zona hotelera. A solas repasará el rumbo de una batalla electoral competidísima que amenaza el prolongado dominio de su partido: el PRI. Carlos Salinas de Gortari es su candidato a la presidencia, pero le provoca insomnio el izquierdista Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano, hijo del Presidente leyenda Tata Lázaro.

Las gemelas muertas

La sangre niña de las gemelas Marina y Valentina es tinta oscura serpenteante en el monte de atardecidas flores salvajes; sus ojos cadavéricos están aferrados a las lentas nubes anaranjadas con contornos de osos mutilados y barcos de vapor triturados por el lento mar de algodón.

Semidesnudas con sus blusas y faldas enlodadas con arcilla, la sangre de Valentina se ha coagulado en su cabellera alborotada. En un arrebato de piedad el homicida las ha acercado para forzarles un abrazo. Así se perderán en su segunda y última travesía sin memoria, fresco el recorrido amniótico por el útero de la madre que hace ocho años las parió en Cancún, esta invención de acuarela en el Caribe mexicano.

Tomás avanza entre la maleza persiguiendo una pelota de futbol y la aparición mortuoria petrifica sus labios infantiles. Su graznido de espanto congrega a los siete pequeños de la colonia, quienes cada tarde se desafían en una improvisada cancha del parque en la colonia popular. Dos futbolistas las identifican y se estremecen más.

El asesino trazó con el puñal un símbolo en la frente de las víctimas abandonadas en el manchón selvático. Cuando las heridas sean lavadas contemplaremos dos cruces profundas en las pieles, sin más historia reciente que su espanto en los segundos de desigual forcejeo y agonía de pajarillos.

El parque es madriguera de hombres demolidos con adicción madrugadora por el aguardiente y drogas de pobretones con el destino hipotecado a la hora inmediata. Una de sus bestias se desprendió del torrente de células malignas para matar niñas apartadas de la manada.

Es el 27 de agosto de 1988 y está fresco el polémico triunfo de Carlos Salinas de Gortari en la pelea por la Presidencia que arrebató a Cuauhtémoc Cárdenas. Manuel Bartlett Díaz es Secretario de Gobernación y presidió la Comisión Federal Electoral, juez y parte y tatarabuela del Instituto Nacional Electoral. La “caída del Sistema” con su pestilente carga de fraude en gran escala ya persigue a Bartlett, a quien Salinas entregará la Secretaría de Educación para demoler el cacicazgo magisterial del veterano Carlos Jongitud Barrios.

Bartlett será canonizado con el fluir de las décadas por el presidente Andrés Manuel López Obrador, quien resaltará su vena nacionalista para defenderlo y encomendarle el manejo de la Comisión Federal de Electricidad.

Como cada sábado al amanecer, las gemelas visitaron a la abuela Catalina y las envió por leche y pan; el recorrido es de tres cuadras, entre familias y comerciantes bien identificados, confiables todos. Se alarma porque sus nietas no aparecen y recorre tiendas de abarrotes, preguntando sin resultado en tres casas cercanas donde viven los compañeros de escuela de sus nietas. En la panadería don Severo le dice que las niñas compraron conchas y bolillos y se marcharon bromistas, hace más de una hora.

A la búsqueda se suman vecinos y policías del barrio con los temores hinchados por el palpitante de los minutos. Alertados por la tía Bertha –una joven policía preventiva–, Fernanda y Gonzalo escapan del trabajo en la zona hotelera. Ella es recamarera y él guardia de seguridad en hoteles separados por cinco kilómetros del bulevar Kukulkán.

Los peritos de la Sub Procuraduría de Justicia de Quintana Roo se despliegan en la escena del doble crimen. Intentan detener a Doña Catalina, pero la enloquecida abuela olvida su artritis reumatoide para abrazarlas con descargas de llanto y lamentos; ha muerto con ellas. Con la tía aparecen los padres cuajados de tensión y presentimientos. Bertha fue la última en verlas con vida al patrullar esa mañana en la colonia.

Los curiosos brotan –hasta un adolescente en muletas por la poliomielitis– y entonces dos pálidas sábanas salvan a las pequeñas de las pedradas del morbo disfrazado de piedad. La tarde se tiñe de noche, la noche más trágica de Cancún hasta entonces.

Montserrat Valdivia es directora de la Policía Judicial. Nacida hace 25 años en Mérida –capital de Yucatán–, escaló veloz en una Subprocuraduría de Justicia con escasa presión criminal. Avanza en la escena del crimen, protegiendo probables evidencias. Reconstruye cada episodio del ataque para asomarse a la lógica del depredador. No conocía esta variante agresora y le sorprende que ocurra en Cancún, donde los delitos han sido travesuras desactivadas por policías preventivos relajados en su rutinario patrullaje.

Contempla las manos heridas con puñal por las torpes maniobras defensivas en el bramido del pánico. Marina fue estrangulada y a Valentina le fracturó el cráneo con una piedra localizada a cinco metros, entre la maleza.

El asesino hundió el cuchillo en el tórax y abdomen de las víctimas. Para borrar su huella dactilar, desgarró un pedazo de la blusa de Marina para desvanecerle la sangre y limpiar el mango. El arma blanca fue encontrada a 10 pasos.

Las gemelitas cursaban el segundo año en la primaria pública Benito Juárez. Esta colonia en expansión contiene un enjambre de trabajadores reclamados por el turismo en su laberinto de complejos hoteleros donde el idioma inglés subordina al español hasta convertirlo en complacida servidumbre desprendida de comunidades de Campeche y Yucatán. Los mayas de hoy dejaron de construir pirámides envueltas por la selva y van por la propina en dólares, diligentes en su moderno oficio.

El Novedades de Quintana Roo publica el doble asesinato en primera plana, sin fotografía por la línea puritana del periódico de Don Andrés García Lavín; la nota principal es la ocupación hotelera, con el vistoso arribo de un jeque árabe con su racimo de esposas y guaruras de granito.

En el funeral casero, una anciana rezadora reanuda su torrente de letanías ante dos pálidos ataúdes. Abundan los compañeritos de las gemelas despedidas en la casa de sus padres. Entonces Lian Xiao se separa del pelotón infantil y coloca en cada féretro dos crisantemos violeta, símbolo de una amistad iniciada al coincidir en el jardín de niños.

La profesora Magda Guadalupe consuela a la madre, recordando con ella detalles adorables de las niñas que cursaban en su grupo el segundo grado de primaria. Observa discretamente al padre, quien recibe las condolencias de compañeros de trabajo y vecinos. Entonces abandona el velorio, dominada por un dolor palpitante por el que desprecia las ceremonias lacrimógenas para despedir

a los muertos.

¿Quién diablos las mató?

Las gemelas fueron sodomizadas y sus vaginas profanadas, pero no encuentran semen. Es un ataque del rencor, regido por el estallido del deseo de someter y matar, disfrutando cuando los indefensos imploran por sus vidas porque hay tareas escolares para entregar el lunes, recreos del jolgorio, cumpleaños tan disfrutables y ciudades por descubrir con palpitanes hijos escurridizos con sus travesuras.

El asesino de menores es genocida con el goteo de generaciones, porque cercena sucesivos romances y partos. La niña asesinada en 1885 es la tatarabuela que pudo ser, bisabuela fantasmal, abuela de neblina y madre mutilada. Matas múltiples futuros y episodios, negando partos, identidades, destinos y la visión de auroras.

Entre los abundantes albañiles – procedentes de Veracruz, Tabasco, Yucatán y Chiapas– se escondería el asesino o asesinos. La línea de investigación revisa a estos hombres sudorosos de piel morena, agrietada por el cemento y olorosos a cerveza barata y aguardiente.

El paraíso de mar y selva navega en su adolescencia de hijo consentido y el gobernador priista Miguel Borge Martín reparte el pan de la abundancia con su alcalde José González Zapata, priista como todo México en las posiciones de poder. Hasta entonces el PRI había ganado todas las gubernaturas, pero en 1989 el panista Ernesto Ruffo Appel arrebató Baja California a la “familia revolucionaria” cuyo líder es Luis Donald Colosio Murrieta.

Cancún era ajeno a la maldad parasitaria de aquellas ciudades tan distantes, revolcadas en la infamia de sus hombres que arrebatan un oxígeno más atesorado por los perros callejeros y las asoleadas iguanas verdes desprendidas de la vegetación en retroceso ante la imposición urbana.

Esa mañana en su oficina, la policía Montserrat agota el segundo café y Doña Catalina aparece con su hija menor: Bertha, quien a sus 19 años se incorporó a la policía preventiva. Fruto del segundo matrimonio, conserva escasos recuerdos de su padre muerto en un accidente de autobús de pasajeros, cerca del pueblerino Playa del Carmen donde nacerá la Riviera Maya.

Doña Catalina es cocinera en una fonda ubicada a cuatro cuadras del parque del doble crimen. Con perseverancia de hierba se asoma a menudo en la Subprocuraduría de Justicia para averiguar los avances de la investigación. La directora de la Policía Judicial promete visitarla mañana por la tarde y lamenta sus manos vacías explorando espejismos por la escasez de pistas sólidas.

La investigación germinal se concentra en tres albañiles con antecedentes delictivos: Raymundo mató a su compadre en la zona cafetalera de Chiapas, festiva y bronca con el bravo aguardiente del Soconusco. El veracruzano Lauro intentó violar a una estudiante de secundaria en Coatzacoalcos y es mariguano; el yucateco Anselmo fue ladrón juvenil en Tizimín y es violento por vocación.

Cancún observa ese tres de septiembre la incubación de una perturbación tropical en Cabo Verde, al oeste de África, tan insignificante como llovizna en el mapamundi. La fauna del continente negro contempla el aleteo marino que leva anclas para navegar y ser furia en el Océano Atlántico.

En la camioneta oficial la directora de la Policía escucha Viviendo de Noche, de Veni Vidi Vici,

un dueto de la Madre Patria. Aquella llovizna del mapamundi ya es la depresión número 12 en las Pequeñas Antillas, ese ocho de septiembre. Al otro día, Cancún vigila con tembloroso respeto la tormenta tropical con nombre de hombre: Gilberto.

Los policías judiciales localizan a Lauro y Anselmo en la faena bajo el sol, cuando elaboran y acarrean la mezcla en carretilla para construir un hotel en el centro de Cancún. Los trasladan a la Subprocuraduría y en cuartos separados son torturados para que uno se declare culpable y el otro entregue información. La destreza persuasiva de los judiciales arranca la confesión sobre pedido, pero es montaje que no resiste un proceso legal.

Pero dos vecinas dan las señas del albañil chiapaneco Raymundo, a quien vieron esa mañana rondando en bicicleta y conversando con las niñas. Su fuga lo confirma como sospechoso y la Procuraduría difunde su retrato hablado y solicita la cooperación de estados vecinos para capturarlo. El presunto asesino es desenmascarado y van por él.

La muerte de Lian Xiao

Parpadea la tarde del 11 de septiembre y Lian Xiao reposa boca abajo en el cenote de peces diminutos; su negra cabellera oscila en la mansedumbre del agua milenaria que deja ver su cuerpecito de ardilla a un metro de profundidad, con su vestido amarillo favorito y pies desnudos arrebatados al humano palpitar de la tierra.

Un anciano maya la descubre al descender para recolectar el agua fría adormecida; la rescata, deposita entre las piedras y olfatea su muerte. El viejo sabe que la niña ha sido rastreada en esos rumbos por la comunidad china y amigos cancuenses reforzados por la policía preventiva.

Los padres de Lian rechazan la versión inicial del ahogamiento porque su hija única de ocho años sabía nadar y no habría acudido sola al cenote rodeado por un brote de viviendas en serie, provocadas por la hinchazón de Cancún con su variada demanda de mano de obra.

Sometido a la autopsia, el cuerpecito nos cuenta la agresión: la pequeña ha sido estrangulada y su cuello muestra la señal del exterminador. No fue violada y su asesinato ha sido el objetivo del engendro confundido en nuestros sitios de reunión: parques, tiendas y la iglesia dominical.

El 12 de septiembre, previsible el chingadazo del huracán desde Tulum a Cancún, la llamada telefónica mañanera se asoma en el desordenado escritorio. Trémula la voz, es Doña Catalina: “Encontré algo terrible, revisando la casa. Ha destruido a mis hijas”.

“Tiene que serenarse; la veo más tarde”, recomienda y promete Monserrat. La abuela ha imaginado lo peor del joven carnicero de la esquina y del forastero que ronda en los parques concurridos. Todos los extraños huelen a perversidad para esta mujer mal herida, pero esta llamada alienta su curiosidad.

Un llamado de emergencia obliga a la directora de la Policía Judicial a acudir a otra zona de Cancún para apoyar el desalojo de 500 familias de Puerto Juárez, en el cruce a Isla Mujeres. Esa tarde grisácea los vientos de aviso del Gilberto desatan compras de pánico y desalojos masivos de turistas por carretera con el hormigueo del pánico desde Tulum hasta Holbox, resignado Cozumel ante el bombardeo vomitado por el mar.

La noche del 13 de septiembre encuentra un espacio para visitar a Doña Catalina. La mascota está alterada y semiabierto la puerta trasera, casi en penumbra. Cuando llega a la sala encuentra el

cadáver: la abuela ha sido estrangulada y su mirada es una estampida de respuestas descifradas en su agonía.

Quince minutos después llega la hija policía, cuando los peritos revisan la sala desordenada y toman fotografías. El móvil aparente es el robo, aprovechando el caos provocado por el huracán acechante. La directora de la Policía Judicial recorre la escena del crimen y ordena levantar evidencias en la casa revuelta.

El soldado amanece en Cancún

A Toribio Márquez lo persiguen fantasmas punzocortantes del dos de octubre de 1968, cuando tiró a matar a la parvada de muchachitos que corrían y caían como conejos en la piedra volcánica. A sus 21 años tuvo que matar y sabe que sus balas abrieron brecha a paso veloz en el corazón y pulmones de cuatro adolescentes suspendidos como gota de rocío que se niega a desprenderse de la hoja al amanecer, hasta bailar por la descarga de su muerte compartida en ese matadero de atmósfera azteca y pólvora mestiza.

En sus madrugadas de alquitrán y café humeantes, Toribio quiere convencerse de que sus balas no agredieron órganos vitales y fueron corteses al herir manos y tobillos, dando palmadas en el hombro a los muchachitos desafiantes masacrados por oculto mandato del Presidente Gustavo Díaz Ordaz y su Secretario de Gobernación, Luis Echeverría Álvarez.

Don Luis contempla el vuelo de las mariposas en el jardín de Los Pinos mientras suelta la correa de sus filosos “halcones” que atacan a estudiantes de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y del Instituto Politécnico Nacional (IPN), aquel sangrante “Jueves de Corpus” del 10 de junio de 1971. El grupo paramilitar mata a garrotazos y con armas de fuego a más de 120 menores de edad y jóvenes, a quienes persiguen en hospitales de la Ciudad de México. Los heridos y desaparecidos son montículos. En esa matanza de modernos aztecas asesinan a Jorge Callejas Contreras; tenía 14 años.

Coagulada en su memoria la sangre de estudiantes masacrados, Luis Echeverría decreta dos meses después la fundación de Cancún. Es un padre capaz de apaciguar su afición asesina para fundar la mayor maravilla caribeña en esta selva maya con zonas arqueológicas agazapadas en el verde dominante.

El hombre de magnética oratoria jamás comprenderá la ingratitud de estos quintanarroenses que se niegan a reconocerlo como padre, porque el infatigable carnicero de guayabera blanca aparta a Quintana Roo de su sometida condición de Territorio para su perseguida graduación como estado, el ocho de octubre de 1974. Otro obsequio similar envía a Baja California Sur.

El soldado extraído por la apergaminada partera en una choza michoacana amanece en el nido de víboras de Cancún para participar en la urgente labor del Ejército contra el huracán Gilberto. A sus 42 años ha acumulado destreza activada aquella escalofriante mañana del 19 de septiembre de 1985, cuando rescató cadáveres y sobrevivientes con brazos y piernas triturados; muchas víctimas fueron arrebatadas por la muerte en hospitales repletos de lamentos y vendajes.

Los militares se despliegan para desalojar turistas y habitantes cercanos al Mar Caribe y en zonas inundables, donde el gobernador Miguel Borge Martín con el undécimo dedo que es su puro vislumbra un desembarco estruendoso de tragedias, padecida con muerte dispersa en vulnerables islas del Caribe.

Gilberto brama agitado en la penumbra sin estrellas, ahuyentando a bestias refugiadas en las madrigueras. Al inicio del 14 de septiembre soportamos vientos que superan los 320 kilómetros por hora con este huracán de categoría máxima –la cinco, en la escala Saffir-Simpson–, circular en su furia que doblé palmeras y arrastra barcos hasta incrustar un buque carguero en una zona residencial de la zona hotelera de Cancún.

La isla de Cozumel será mal herida y lo sabe uno de sus hijos: el gobernador de origen libanés. Teme por todas las familias de su niñez y también lo inquieta Isla Mujeres, vecina de Cancún al norte. En la Casa de Gobierno de Chetumal –capital de Quintana Roo– presiente los muertos del amanecer en su soledad de humo, interrumpida por el ingreso de subordinados con datos frescos, todos devastadores.

La presencia del sobrino lo reconforta: “Beto, Betito”, murmura acariciando los negros cabellos del niño de nueve años que ocupará su trono y será enjaulado y despreciado en una mazmorra pestilente en el apogeo de su vida; su lejano sucesor sabrá entonces que la lealtad sí tiene fecha de caducidad. El niño Roberto Borge abandona la oficina a media luz con un par de caramelos que ocupa su tío para escapar del irresistible puro de la región de Los Tuxtlas.

El soldado Toribio participa en el desalojo de familias para trasladarlas al refugio anticiclónico cercano a Palacio Municipal, en lo alto de la noche del 13 de septiembre. Los militares obligan a los ancianos a abandonar sus viviendas porque es el desalojo o la muerte.

Amanece y Gilberto esparce su soplo danzante en los refugios selváticos de animales congregados por su desamparo. Propelas invisibles sacuden árboles y doblégan postes de concreto, viviendas y cabañas turísticas como estampida de elefantes infinitos.

En una casa de interés social un hombre se arrodilla con su esposa y tres hijos ante una imagen religiosa y retratos familiares en sepia. Le han dicho que fue parido en la Casa Voladora de Chetumal cuando el huracán Janet arrastró la vivienda de madera en las aguas invasoras de la bahía con 27 hombres, mujeres y niños, incluyendo un soldado que acudió para rescatarlos y tuvo que amarrarse con una sogá en el corredor, aquel 27 de septiembre de 1955.

Nació en esta Arca de Noé desplazada en la penumbra por soplidos desprendidos del mar, hasta ser depositada en un solar ajeno cuyo dueño quiso apoderarse de la casa, hasta que el gobernador Margarito Ramírez lo obligó a devolverla por las buenas. Le han dicho que los muertos amanecieron en las calles, atrapados en casas de madera trituradas en el pestilente lodazal, revueltos con perros, gatos, aves de corral y marranos hinchados por las aguas intrusas.

Cuando Gilberto se aleja rumiante, la reportera Elisa Rodríguez –Diario de Quintana Roo– descubre en la carretera federal un escenario surrealista, esa tarde del 14 de septiembre: “peces como frutos reventados en los árboles arrebatados de la tierra, serpientes desfallecidas entre ramas rotas y tarántulas esparcidas en el asfalto. Familias completas de chicleros abandonan sus cuevas con niños titubeantes y ancianos cuya mirada se eclipsa en la destrucción de su selva, madre de jaguares maltrechos con apetito de ciervos empapados.

Maradona y su “mano de Dios”

Dos años antes, el Mundial de México 86 está en marcha. Esa noche en el televisor de la sala familiar José Ramón Fernández, Carlos Albert y Raúl Orvañanos narran en Los Protagonistas de Imevisión la proeza de Argentina sobre Inglaterra, con la “mano de Dios” de Diego Armando

Maradona y su otro gol para la eternidad, porque “La Pelusa” dribló a Los Beatles y a Elton John y a la Reina Isabel II y al fantasma de Winston Churchill.

Para una madre soltera siempre será complicada la relación con una hija adolescente tan apegada al padre que zarpó para fundar otro hogar, cuando la relación era insostenible. La mamá tiene que repartirse en el trabajo y en el hogar, pendiente de las tareas y amistades de Claudia Leticia, cuyos 15 años destilan rebeldía y aislamiento.

La profesora de secundaria escucha en la recámara de su hija una melodía del argentino Miguel Mateos: Cuando seas grande. Es la tercera vez que llama a cenar a su hija, quien a menudo se aísla con su repertorio del “rock en tu idioma” con Los Enanitos Verdes y Soda Stereo.

“Claudia Leticia, ya te dije que la cena está servida y no voy a esperarte toda la noche”. El tono imperativo es lanzado con el nombre completo de la hija, como hacen todas las madres para resaltar el rigor y la pérdida de la paciencia.

El silencio persistente la obliga a rastrear una llave de repuesto y cuando entra contempla a su hija en la cama, con los ojos abiertos por la eternidad y una palidez sin emociones. La mamá agita a su hija implorando signos vitales, pero ya es cadáver.

Una carta manuscrita revela el móvil: un hombre celestial la ha tocado donde no habría espacio para la profanación, porque las iglesias son santuarios libres del mal que parasita a la tierra con su baraja de infamias. Magda Guadalupe conoce al culpable de la muerte de su pequeña, ultrajada por unas manos habituadas a bendecir en la Parroquia de la colonia, en el Estado de México.

Los comentaristas en el televisor no se cansan de alabar a Maradona y se atreven a compararlo con el Rey Pelé, quien hace 16 años trituró a Italia también en el estadio Azteca.

La madre despidе a su niña en la cama inevitable: un ataúd caoba entre flores dolientes en una llovizna de lágrimas y lamentos en la sala hogar. Familiares y amistades de negro y gris abrazan al despojo que es: madre de una hija con la edad detenida en la memoria. El padre de Claudia Leticia también llora con ella e intenta consolarla.

La ha sepultado y al amanecer solicita audiencia con el Padre Daniel Justiniano, para mostrarle la carta donde la adolescente narra los actos abominables de Timoteo, el joven diácono que la ha ultrajado desde los seis años con el escudo del catecismo. La madre se arrepiente de haber restado importancia a las primeras denuncias de la niña, hechas en abril de 1977.

El Padre se escandaliza, pero deslegitima la acusación concentrada en renglones póstumos de una adolescente suicida indigna de recibir el amparo de la Iglesia, pero hija de una profesora cuya familia ha profesado y defendido el credo católico desde los tiempos del presidente Benito Juárez.

La Iglesia ocultará a su soldado en otra congregación pastoral donde se perderá en los inaccesibles laberintos a media luz para que sea curada su infección de la carne y pensamientos tentadores. El arrepentimiento balsámico lo devolverá purificado por el divino perdón, pero Magda Guadalupe no perdona y acude ante el Ministerio Público donde la denuncia se marchita en las etapas iniciales, porque los hijos de la Iglesia son intocables.

Entonces la madre sin hija vende una propiedad para financiar la búsqueda del impune diácono y castigarlo en la tierra porque hasta el infierno puede concederle un amparo o recibirlo como

héroe. Tiene que perseguirlo y matarlo.

La captura del albañil Raymundo

Raymundo Valenzuela es capturado en un rancho de Campeche, donde lo ocultó una hermana mayor. La noche del 24 de octubre es trasladado a Cancún y para la Procuraduría de Justicia es el asesino, percepción alimentada por los antecedentes del moreno con aliento de cannabis cuya fuga lo estigmatiza.

Como destripador de ovejas exhiben a Raymundo y los reporteros de nota roja disparan flashazos cazando el mejor ángulo de un hombre con mirada extraviada, a veces desafiante y nunca temerosa. El moreno fornido de 28 años encaja con el perfil de bestia urbana.

El presunto asesino es lanzado con repugnancia al Centro de Readaptación Social (Cereso) de Chetumal e inicia el proceso por doble privación de la libertad, violación y homicidio calificado. Los mandos de la Procuraduría confían en demostrar su culpabilidad y festejan un triunfo que satisface al gobernador Miguel Borge.

Toribio Márquez ingresa a la Policía Judicial de Cancún. Es el 5 de enero y se recupera de una fractura en la pierna derecha, provocada por un muro derribado por el huracán. Con cicatrices visibles y ocultas, Cancún se reconstruye para ser anfitrión del Miss Universo en 1989.

Montserrat Valdivia es llamada a la oficina del Subprocurador Erasmo Valdivieso; contempla a un extraño con lentes anticuados y semblante basáltico, de pie ante el funcionario mientras conversan. Toribio es asignado a su área de Investigaciones para aportar destreza militar. Ha dicho adiós al Ejército.

La acusación contra el albañil Raymundo colapsa porque su coartada es sólida: el sábado del crimen era su día de descanso y acudió a una tienda a comprar caguamas para convivir con otros albañiles, quienes respaldan su dicho. Confiesa que huyó por el temor a ser torturado por los judiciales. Una mañana es liberado y abandona Cancún.

Toribio Márquez reinicia la investigación con más de cuatro meses desperdiciados. Hasta entonces la muerte de la niña Lian no tiene conexión con el asesinato de las gemelas, pero el soldado encuentra una pieza del rompecabezas para hablar del asesino o asesina de tres niñas.

Las gemelas eran las mejores amigas de Lian Xiao y vivían en la misma colonia, a cinco cuadras; convivían con frecuencia y eran compañeras de grupo en la primaria. Es el único flanco de coincidencia y Toribio decide explorarlo: acude a la casa de los padres de la niña oriental con un costal de preguntas. La señora Wen entreabre la puerta y conversa con Toribio, quien acepta un té de zacate limón y explora la vida relámpago de Lian, sepultada en el área china del cementerio con flores marchitas al sol y la lluvia.

Lian tenía un diario y todas las noches lo inundaba de palabras, revela la madre; recorrerlo no sería un desperdicio y la afligida oriental lo entrega y tendrá que devolverlo en una semana.

Con café y cigarrillos, Toribio navega el espejo diario de la niña que desparrama su equipaje de episodios íntimos en las hojas tono pastel con signos de gacela, perseverante como espesura de selva, discreta como aleteo de colibrí y disciplinada como fase lunar. Entonces fluye la revelación de aquel 31 de agosto, el día del doble asesinato:

“Temprano me encontré a Mar y Vale. Iban a la tienda por pan y leche. Platicamos de Matías, el niño que le gusta a Vale. Le dije que batalla mucho con las matemáticas pero es tan lindo. Le conviene como novio. Ya no seguimos platicando porque su tía las llamó. Iba pasando en la patrulla y les dijo que las llevaba a la tienda y a su casa.

“Me siento muy mal por no haber ido con ellas. No puedo dormir. Estoy muy triste ¿Quién pudo atacarlas, si eran tan buenas con todo mundo, tan lindas. Eran las hermanas que no pude tener”.

Bertha tiene los últimos datos de la confiada travesía de las gemelas, pero la tía no aportó la información que reorientaría el curso de la investigación, agotada en la rasposa agresividad de albañiles condenados por el prejuicio. La tía sabe qué pasó con las gemelas, porque la niña oriental escribe el siete de septiembre:

“Encontré a Bertha en su patrulla. Una idea ronda por mi mente y ya no pude contenerme: quiero saber dónde dejó a Mar y Vale, porque estaban con ella y nada malo podía ocurrirles. Me dijo que las dejó a unos metros de casa. No le gustó mi pregunta y noté su enojo”.

Bertha Martínez es citada en la Subprocuraduría para explicar su injustificable silencio en la incompleta visión de los asesinados de sus dos sobrinas. Bertha desaparece y comienza la búsqueda de la presunta asesina de la niña Lian y de sus sobrinas gemelas.

La carta de una niña

Cuando amanece, Montserrat retorna a la vivienda de Doña Catalina para revisar la escena del crimen. El huracán Gilberto palpita en los recientes destrozos que se asoman en las avenidas y viviendas maltratadas en cuyos parques y lotes baldíos se acumulan colchones, estufas, refrigeradores, ropa insalvable, retratos destrozados y mascotas ahogadas cubiertas por el lodo.

Como en otras casas, los vientos iracundos destruyeron ventanas de vidrio cubiertas con cinta adhesiva, protección inútil ante el bombardeo errante que se agotaría cerca de Canadá con vientos inofensivos. En México provocó la muerte de 318 seres humanos, aunque otros registros los suben a 433 por la acumulación de decenas de desaparecidos. En Monterrey quedaron atrapados 200 pasajeros que en cinco autobuses cruzaban el embravecido y desbordado río Santa Catarina. Todos murieron, como los seis policías heroicos que intentaron rescatarlos. En Quintana Roo el Gilberto no causó una sola muerte, pero mató a seis en el vecino Yucatán.

En las playas de Cancún ha removido la pálida arena con sus diminutos rompecabezas infinitos de corales triturados y conchas lanzadas por los latidos milenarios de este mar pirata donde brotó Cristóbal Colón para mostrar el camino a conquistadores de espada y viruela encabezados por Hernán Cortés.

La directora de la Policía recorre cada espacio tan íntimo de la abuela, decidida a localizar un rastro que explique sus borbotones de angustia en la última llamada telefónica. La vivienda está intacta en el desorden porque su hija Bertha permanece en guardia, apoyando a las familias instaladas en albergues atendidos por infatigables militares con el sueño dominado.

Apoyada por dos peritos, levanta y revisa prendas y objetos dañados en las áreas revueltas del pastizal de vidrios y cristales rotos entre sillas y muebles humildes. Cada cajón de los roperos conserva pertenencias con valor íntimo: álbumes de fotografías en color sepia de humildes cumpleaños, bautizos y bodas de parientes rancheros eufóricos. Abundan en cada nivel prendas

infantiles, cuadernos y juguetes de debutante infancia, cuando se ensaya la proeza de caminar como convaleciente.

La abuela ocultó las pertenencias en los sitios más absurdos para protegerlos de la curiosidad indeseable. Avanza a la alacena y destapa recipientes de hojalata repletos de papeles manuscritos, estambres, mejorales y escapularios ancestrales. En uno de ellos sobresalen tres cartas arrugadas con tinta rosa, verde y azul cielo, donde reposa la ofensiva revelación descubierta por la abuela.

Doña Catalina protegía las pertenencias más valiosas –incluso las del corazón y los recuerdos– con los vientos de avanzada del huracán. Cuando acomodaba vestidos y zapatos infantiles de Bertha, descubre tres cartas para Gonzalo. En una su pequeña hija detalla el primer encuentro sexual y le confiesa que lo extraña tanto en la escuela. La carta queda inconclusa y se niega a destruirla, pero la delicada letra manuscrita de Bertha parece más bien una petición a Los Reyes Magos.

En la segunda le confiesa a su yerno que será madre de su hijo y quiere vivir a su lado, como le ha prometido. En esa carta de tinta azul la niña comparte planes de vida con su enamorado, convencida de que abandonará a su hermana mayor aunque ya tengan un hijo.

Molesta por su lejanía, le confiesa el embarazo descubierto por su madre y reprocha a Gonzalo sus mentiras, porque ella creyó que rompería con su hermana mayor para fundar un hogar en el norte de México. El coraje y el odio inundan las líneas finales, porque Bertha sabe que ha sido burlada y desechada como mascota ranchera.

La tercera carta derrama coraje y rencor: “no vas a abandonar a Fernanda; me mentiste y te odio, como odio a tus hijas”. Confiesa un aborto –la deja estéril a los 13 años– y en las líneas descarga esa decepción que desemboca en la ira y el odio acumulados en una adolescente sin destino lanzada a la intemperie del desprecio, mientras el hombre que le arrebató la niñez chapotea en la amnesia de padre amoroso que las visita cada fin de semana en la casa materna, contemplándola de nuevo como niña.

Doña Catalina acude a la casa de Gonzalo para reclamar su acto infame, más imperdonable por ser pareja de su hija Fernanda. Dominada por la rabia que desprecia riesgos, desafía los vientos iniciales del huracán y llega a la casa del yerno y él abre la puerta. Le reclama sedienta de castigo. Están a solas y ella promete acusarlo con su hija y denunciarlo ante el Ministerio Público para que acabe en la cárcel. Es probable que esta amenaza haya desencadenado la reacción criminal de Gonzalo, porque la estrangula y con un cuchillo de cocina asegura su muerte. Enrolla el cadáver en una cobija y lo devuelve a casa, pero al huir olvida el cobertor con sangre imperceptible.

La mujer policía revisa toda la evidencia recuperada de la vivienda, recorriendo las abundantes fotografías de la escena criminal. La hija mayor reconoce la cobija al día siguiente: “es de mi recámara”. Recuerda que ese cobertor fue obsequiado por su madre el día de la boda civil. Doña Catalina bordó las iniciales de la pareja y le pidió a Gonzalo que le diera muchos nietos. La cobija sería mortaja para Doña Catalina, castigada por las muertes de sus nietas Marina y Valentina.

Una semana después la prueba de laboratorio confirma: la sangre es de Doña Catalina. El yerno es presunto responsable del asesinato y van por él.

La historia de Bertha

Bertha nace el 14 de julio de 1969 en Cancún. Con nueva pareja su madre se instala en este desierto de selva marina repleta de mosquitos donde todo sería inventado, como la primera casa construida en 1970 para disfrute propio por el ingeniero civil Rafael Lara y Lara, quien abandonó el pueblo campechano de Hopelchén para ser el pionero que 26 años después gobernaría Cancún por voluntad del gobernador Mario Villanueva Madrid.

Es el 18 de mayo de 1979 y el mandatario cubano Fidel Castro visita Cancún; el presidente José López Portillo goza el atuendo del fumador de habanos con traje de charro, episodio disfrutado en primera fila por el periodista Jorge González Durán, quien aguarda la llegada del revolucionario barbón acompañando al alcalde priista Felipe Amaro Santana y a su esposa Carmita Betancourt.

Fernanda y Bertha acudían a la nueva iglesia Legionaria de Cancún, acompañando a su madre cada domingo. El frecuente encuentro con el diácono Gonzalo Peralta doblega a la hermana mayor; a sus 19 años se ha enamorado de este joven espiritual de 22 años. Meses después abandona la comunidad religiosa para fundar una familia.

Gonzalo nace en el Estado de México y su destreza con la carpintería le posibilita empleo en una fábrica de muebles elaborados con maderas preciosas y corrientes tropicales como el granadillo, tzalam y ciricote.

Por una temporada la pareja acepta la hospitalidad de Doña Catalina, quien vive con su hija Bertha. Fernanda está embarazada y en su útero navegan las gemelas que darán la sorpresa al nacer.

Una tarde la solitaria Bertha disfruta sus caricaturas en la sala y olfatea el perfume francés de Gonzalo, quien se acomoda a su lado en el maltratado mueble, deposita secretos en su oreja derecha y la toma de la mano con delicadeza mientras el Correcaminos escapa del Coyote. “Eres la niña más linda que he conocido”, le dice en secreto y la besa en la mejilla, estremeciendo carne y pensamientos de la sensible niña.

El conquistador ventajista seduce a su cuñadita mientras la hermana mayor disfruta su embarazo. Cada encuentro es un cortejo ventajista con alabanzas del hombre protector. Aquella tarde acaricia el cabello de la niña, besa su cuello, levanta la falda escolar y penetra en el sendero tembloroso de Bertha, cuya intimidad en desarrollo es partida como fresa por el goloso golpeteo de la espada sangrante.

La niña precipitada como mujer lo aguarda en las tardes solitarias para ser recorrida por estas manos lentas que la obsesionan en la escuela y en su cama de muñecas. Despierta y acaricia su barriguita que comienza a inflarse como globito de feria. No sabe que a centímetros de su ombligo dormita otra niña, como matrioska.

Madre a los 11 años

Doña Catalina contempla la barriga hinchada de su hija menor y detecta síntomas no atribuibles a parásitos intestinales. Un médico del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) diagnostica el embarazo y recomienda denunciar ante el Ministerio Público, por ser una aparente violación.

Bertha soporta los golpes de su madre sin revelar el nombre del agresor. La denuncia es presentada en la Subprocuraduría de Cancún, pero la investigación permanece detenida porque el

presunto violador es sombra protegida por la niña.

La pequeña pierde el ciclo escolar porque viaja con su madre a la casa de la abuela materna en Tixkokob, un poblado de Yucatán cercano a Mérida. La partera Eusebia se niega a provocar el aborto por lo avanzado del embarazo; son siete meses de gestación. “Tu hija se nos puede morir porque el producto ya amarró y no vamos a arriesgarnos a tener dos difuntos”, advierte la comadrona.

La partera encauza la labor de parto natural y el cuerpo de la niña es precipitado al dolor en el catre de un cuarto repleto de cajas con ropa antigua, utensilios de cocina y retratos ancestrales. Bertha con sus gemidos de recién nacida desconcierta a los guajolotes y gallinas del enorme patio, abundante en árboles de mango, guayas y cedros. Recorre el dolor prematuro mientras la partera extrae el producto de la cavidad forzada.

Es madre a los 12 años, pero rechaza a la bebé y se niega a contemplarla. La abuela decide el destino de su nieta y la aleja de su hija para protegerla, temiendo que intente matarla.

Gonzalo se muda con su mujer y las gemelitas a una casa de interés social, a principios de febrero de 1980. Bertha vivirá con su madre, a quien lastima la tendencia asexual de su hija más pequeña inclinada al rencor y aislada en su recámara. Pierde el interés en la escuela, abandona la preparatoria y es contratada como policía preventiva cuando cumple 18 años. Quiso ser gimnasta a los cinco años, bailarina a los seis, veterinaria a los siete y pintora a los ocho, pero a los 11 años fue contratada para desempeñar la madre de todos los oficios.

¿Quién es Gonzalo Peralta?

Montserrat investiga a Gonzalo Peralta. Dos llamadas telefónicas a la Procuraduría de Justicia del Estado de México la impulsan a viajar al lugar de origen del padre de las gemelas asesinadas.

El Subprocurador Miguel Valdivieso Gala ofrece todas las facilidades y ella accede a los archivos. Los espacios en blancos son llenados con datos interesantes y revelaciones. Ya sabe que su nombre completo es Gonzalo Timoteo Peralta, diácono de la Iglesia Legionaria acusado de abuso sexual contra una niña que decidió matarse. La madre tiene una causa muy fuerte para castigarlo donde más duele, más que la muerte.

Gonzalo Timoteo fue denunciado por otros padres de familia. Dos niñas fueron ultrajadas por este joven en el espacio más ajeno al pecado. Las denuncias fueron frenadas por la protección de la Iglesia Legionaria, donde la mujer policía choca con el hermetismo previsible, pero rescata datos sobre ese hombre encargado de adoctrinar niños para recibir la Primera Comunión.

Los padres de las niñas atacadas aceptan hablar con Montserrat. Al hombre le perdieron la pista porque la Iglesia lo cobijó en otra sede, quizá en Yucatán o Chiapas. Una madre sabe que la tercera denunciante es Magda Guadalupe, maestra de primaria que hace ocho meses se estableció en Cancún, decidida a alejarse de los paisajes y rincones de su hija adolescente cuya ausencia definitiva se niega a desactivar su memoria.

Magda Guadalupe Velasco de la Torre es maestra en la primaria Benito Juárez, en el grupo de las gemelas asesinadas cuyo padre Gonzalo provocó la muerte de su hija en 1986. El dato lo descubre Montserrat y acude a la escuela para interrogar a la profesora.

La directora de la Policía aguada la media hora del recreo e ingresa al salón. La profesora no se

sorprende cuando escucha el nombre completo de Gonzalo. Sabe que es sospechosa del asesinato de las hijas del depredador que la condenó a un luto infinito.

“Mataste a las gemelas”, pregunta Montserrat mientras contempla en el ventanal a decenas de niños eufóricos en su recreo.

La profesora confiesa que persiguió el rastro de Gonzalo en el norte y occidente del país, hasta encontrarlo en Cancún el año pasado. “Abusó sexualmente de mi hijita; es un maldito enfermo caza niñas, más peligroso por ser un hijo de la iglesia”.

Asegura que nunca tuvo la intención de matar a las gemelas, unas alumnas muy disciplinadas, inteligentes y simpáticas. “Iba a matar a este maldito, pero le asesinaron a sus hijas y me duelen mucho sus muertes. Ha acabado mi venganza, porque este engendro sufre al doble en su infierno terrenal”, dice Magda Guadalupe.

Desaparecen Bertha y Gonzalo

El soldado Toribio persigue a Bertha, pero está ilocalizable. Los policías judiciales vigilan la casa que ella habitó con Doña Catalina, pero desde hace tres días la joven policía preventiva no aparece en su centro de trabajo.

Montserrat y Toribio intercambian información, una mañana de principios de marzo de 1989. Para entonces ya hay sólidos indicios de la culpabilidad de Bertha en el asesinato de la niña Lian y sus sobrinas. En el otro flanco, Gonzalo habría matado a su suegra por descubrir su relación sexual con la niña Bertha.

Gonzalo también ha desaparecido y la Procuraduría de Justicia emite peticiones de apoyo a Procuradurías, compartiendo la fotografía del agresor sexual y presunto asesino de su suegra.

En esos días brotaron los incendios forestales que consumieron 119 mil hectáreas de selva media y baja en la zona norte, desde Cancún hasta los municipios de la zona maya. Miles de toneladas de árboles arrancados de raíz por el huracán Gilberto eran propicios para los incendios combatidos con negligencia al crepitar cercanos al aeropuerto internacional de Cancún.

Cancún, el convaleciente Cancún, es arrogante sede del Miss Universo y los incendios nos incomodan porque la prensa nacional los destaca en primera plana con toda su carga sensacionalista. Hablan de 150 mil hectáreas devastadas en el recuento final de la tragedia selvática.

Está próxima la noche del 23 de mayo, cuando la holandesa Angela Visser será coronada en el hotel Fiesta Americana Condesa de la zona hotelera. La mexicana Adriana Abascal ocuparía la cuarta posición.

Toribio encuentra unos giros telegráficos ocultos por Doña Catalina en frascos de café. Cada mes la abuela envió dinero a la partera Eusebia, quien hizo parir a Bertha. El apoyo monetario tendría a su nieta como destinataria y late la posibilidad de que su madre intente localizarla.

El investigador desprendido del dos de octubre de 1968 viaja a Tixkokob para localizar a la hija de Bertha. Sabe que la partera se negará a revelar su paradero y vigila su vivienda. Por tres días todo es rutina, hasta que un sábado a primera hora Doña Eusebia abandona la casa y en la terminal rudimentaria aborda un autobús de pasajeros que persigue en su auto, hasta que el recorrido

concluye en Mérida.

Un anciano en calesa va a la terminal de autobuses por Doña Eusebia y se desplazan por nueve cuadras. El recorrido concluye en la casa donde habita la hija de la partera: Verónica del Carmen, quien adoptó a la niña de ocho años.

Montserrat le autoriza a Toribio que prolongue su estancia en Mérida, con la certeza de que aparecerá Bertha para contemplar la hija que se negó a conocer. Es una apuesta en un póquer de escasas cartas, impulsado por la corazonada y la ausencia de otras líneas de investigación. Para el soldado de origen son tres días sedantes en el pantano de la monotonía, leyendo cada mañana el Diario de Yucatán en una cafetería cercana a la escuela primaria donde estudia la pequeña.

Decide entrar a la escuela para hablar con el director y evitar especulaciones por su permanente presencia y discreta vigilancia que comienza a incomodar a dos madres de familia que lo observan con recelo. También podrá conocer e interrogar a la niña para saber si su madre ha tenido contacto con ella sin revelar el dato filial.

El director Mateo Fuentes ofrece todas las facilidades al judicial y en el recreo llama a su oficina a la estudiante cuyo nombre no le sorprende: Catalina, como homenaje a la abuela que siempre estuvo atenta a su desarrollo, reconfortada porque la nieta había encontrado un hogar confiable. Verónica del Carmen, hija menor de la partera, agradeció el regalo porque a sus 45 años había clausurado la posibilidad de ser madre por un daño en su matriz que demolió su matrimonio.

La niña asegura que ninguna mujer se ha acercado a ella con la intención de conquistar su confianza. Desalentado, Toribio se despide pero es sacudido por la figura de Bertha, quien con cabello corto y muy delgada luce su uniforme de prefecta deambulando en el pasillo. Tiene el empleo ideal para estar cerca de su hija.

Al siguiente día Bertha es capturada; el operativo es discreto y ocurre cuando abandona la escuela. Tres judiciales yucatecos colaboran en la detención, pero la mujer no combate y se resigna al discreto arresto.

“Mis sobrinas tienen que morir”

La Bertha adolescente fue conquistada por las gemelitas en su trato cotidiano. No podemos resistir el cargamento de ternura desparramada en los muebles y agazapada en las almohadas, caprichosa de helados y caramelos, sedienta de cuentos recalentados que disfrutamos más al improvisarlos para provocar el espanto fugaz entre los cobertores con oleadas de ogros, brujas, dragones y princesas. No sabes que el cuento real lo vives al disfrutar a estas sobrinas repletas de cariño.

Pero Bertha mantuvo intacto el rencor contra Gonzalo y en sus rachas de soledad dibujó su asesinato, hasta que una mañana del seis de enero lo contempló tan eufórico con sus hijitas. La abuela había dicho que los Reyes Magos les dejaron a sus nietas dos juguetes por su buen comportamiento.

Gonzalo y Fernanda contemplan la euforia de Marina y Carolina al desenvolver las dos muñecas risueñas. Desbordada por el rencor al ver la felicidad tan ajena para ella, Bertha incuba una pesadilla interminable para el hombre que acabó con ella arrebatándole la infancia y el potencial de mujer. Las niñas van a morir.

Los ojos negros de Bertha son pozos de agua envenenada, espejos que devuelven ciudades en

ruinas. Esposada y flanqueada por dos judiciales en el viaje por carretera a Cancún, la mujer aprendió a matar donde otros no se atreven.

Toribio comprende que Bertha es la otra niña muerta de Cancún, una mujer precipitada en su desarrollo fisiológico y cuya bondad fue rellena con ponzoña para convertirla en sonámbula de hormigueantes plazas comerciales, cancerígena piel y tejidos sin porvenir, la insepulta carne que somos en el parpadeo de los días.

Bertha confiesa la muerte de sus sobrinas y revela que las cruces que marcó con el puñal eran la letra t, dedicadas a Gonzalo Timoteo.

Sentenciada a 35 años de prisión, Bertha es trasladada al Centro de Readaptación Social (Cereso) de Chetumal, la capital de Quintana Roo. En el área de mujeres las internas la evitan, ahuyentadas por su semblante similar a una acumulación de cabezas de alfiler en el lodazal de su alma. Es un picahielo en el patio.

En la celda, a solas con otra reclusa, confiesa que no se arrepiente de matar a sus sobrinas, a quienes subió a la patrulla y convenció de acudir a la zona más densa y alejada de parque para contemplar una gata con sus crías. Las niñas con entusiasmo acompañan a la tía, quien inicia el ataque salvaje a sus espaldas. Las miradas incrédulas de ambas en su agonía compartida disminuyen la ferocidad del ataque y Bertha admite lapsos de piedad, dominada por este odio que serpentea en sus entrañas.

Con una piedra al alcance golpea la cabeza de Valentina cuando intentaba escapar en cámara lenta. Derrumbadas en el manto de flores, introduce sus toscos dedos en las vaginas para desgarrarlas y sembrar la versión del ataque de un sádico.

Ya asesinadas, marca en sus frentes la letra inicial de Timoteo, pero intenta purificar su conciencia uniéndolas en ese abrazo inútil y grotesco descubierto por el niño futbolista cuando rastreaba su pelota en el monte florido.

Cuando el insomnio parpadea esa noche, Bertha confiesa a Matilde –su amiga presidiaria– la repentina serenidad que disfrutó por matar a sus sobrinas. Las contempló en sus cajas mortuorias, tan dormilonas como en fin de semana, bellas para siempre al ser obligadas a detenerse en una infancia eterna.

El asesinato de Lian fue una maniobra más rutinaria. La asesina estaba harta de la curiosidad de la niña, obsesionada por la presencia de Bertha en los minutos finales de sus amigas. Su inocencia le permitió sedarla a bordo de la patrulla, ahogándola en el solitario cenote.

El diácono Gonzalo acecha

Fue cazador errante en el Festival Internacional de Cultura del Caribe de Cancún, aquella noche del 10 de junio de 1988. Ha perseguido niñas y hoy recupera aquel episodio, cuando llevó a su esposa y a sus gemelitas a la inauguración del Festival. Iba con su uniforme de guardia del hotel, indumentaria que le permitió confundirse con el personal de seguridad para apoderarse de una niña que le arrebató un policía entrometido.

No te importó abandonar a Fernanda, quien ya sabe que es perseguido por matar a su madre, pero a ella le duele más lo que hizo Bertha con sus hijas. Gonzalo se acostumbró a despertar en otra región de México y esta tarde calurosa prepara los pasajes bíblicos que compartirá con 14 niños

chihuahuenses para acercarlos al evangelio. Apenas le duelen las hijas cuya muerte provocó al agredir a Bertha. “Santificado sea tu nombre”, murmura con ardor interno y se desliza para ir al encuentro de sus niños y niñas.

Toribio Márquez no ha abandonado la investigación para localizar al diácono Gonzalo Timoteo, el impune agresor sexual cobijado por Los Legionarios de Cristo. Hay en su contra una orden de aprehensión por el homicidio de Doña Catalina, pero un ejército protector lo ha protegido como demonio.

El último reporte de su paradero lo ubica en una iglesia de la Estación Creel, en el punto más remoto de la Sierra Madre Occidental en el estado de Chihuahua. La orden de cooperación es desechada por la Procuraduría de Justicia, como lo fue hace seis meses en Huauchinango, Puebla. Los hombres se inclinan ante la perversidad, doblegados por el poder espiritual de una institución que protege a sus gusanos con hábito, aunque sus delitos sean dignos del rigor de los infiernos que saben evitar.

Esta noche del 15 de septiembre de 1992 el depredador disfruta la fiesta de independencia; rastrea víctimas potenciales y con su perversa imaginación construye episodios eróticos que desea practicar con su carne inmunda.

El depredador bíblico es degollado y se desploma cuando todos disfrutan los juegos pirotécnicos. Gonzalo Timoteo se revuelca en su repentino dolor ensangrentado que espanta a mujeres y niños. Toribio Márquez permanece impassible y se pierde en la marea humana que en el fondo de la plaza grita un “Viva México”.

La liberación de Bertha en 2020

Cumplida casi la totalidad de su sentencia por los asesinatos de las tres niñas, Bertha abandona el reclusorio el 21 de enero de 2020 para sumergirse en una ciudad no identificable. En el penal aprendió a urdir hamacas, ahorró gran parte del producto de la venta y acumuló una suma significativa que le permitirá abrir un negocio en Playa del Carmen o Tulum, irreconocibles para ella por su explosión de turistas y modelos de autos desconocidos.

La hija que ella se negó a conocer en su arrebato post parto es maestra de preescolar en Mérida y cuida a Verónica del Carmen, cuya ancianidad es reconfortada por esta hija inesperada entregada por su madre Eusebia, la partera fallecida hace 17 años.

Bertha intentará conocer a su hija Catalina, pero hoy conocerá a este Cancún bañado por la violencia, tan ajeno a su memoria prisionera.